

**UNIVERSIDAD DE EL SALVADOR
FACULTAD DE CIENCIAS Y HUMANIDADES
ESCUELA DE CIENCIAS SOCIALES
“LICENCIADO GERARDO IRAHETA ROSALES”**



TÍTULO:

**INFORME FINAL DEL CURSO DE ESPECIALIZACIÓN: “CHINA: SU HISTORIA,
CULTURA, MENTALIDAD Y ACTUALIDAD”**

PRESENTADO POR:

KEVIN ERNESTO RUIZ CRUZ (DUE: RC11092)

DOCENTE ASESOR:

LICENCIADO RICARDO RIBERA SALA

COORDINADOR DE PROCESOS DE GRADO:

LICENCIADO JUAN FRANCISCO SERAROLS RODAS

**CIUDAD UNIVERSITARIA DR. FABIO CASTILLO, SAN SALVADOR, EL
SALVADOR, CENTROAMÉRICA, MARZO DE 2026**

AUTORIDADES DE LA UNIVERSIDAD DE EL SALVADOR

RECTOR

Maestro Roger Armando Arias Alvarado

VICERRECTOR ACADÉMICO

Doctor Raúl Ernesto Azcúnaga López

VICERRECTOR ADMINISTRATIVO

Ingeniero Juan Rosa Quintanilla Quintanilla

FISCAL GENERAL

Licenciado Rafael Humberto Peña Martín

SECRETARIO GENERAL

Licenciado Francisco Alarcón Sandoval

AUTORIDADES DE LA FACULTAD DE CIENCIAS Y HUMANIDADES

DECANO

Maestro Oscar Wuilman Herrera Ramos

VICEDECANO

Maestra Sandra Lorena Benavides de Serrano

SECRETARIO

Maestro Jua Carlos Cruz Cubías

DIRECTOR GENERAL DE PROCESOS DE GRADO DE LA FACULTAD

Maestro Boris Evert Iraheta

**AUTORIDADES DE LA ESCUELA DE CIENCIAS SOCIALES “LICENCIADO
GERARDO IRAHETA ROSALES”**

DIRECTOR DE LA ESCUELA DE CIENCIAS SOCIALES

Maestro José Alfredo Ramírez Fuentes

COORDINADOR UNIDAD DE PROCESOS DE GRADO

Licenciado Juan Francisco Serarols Rodas

DOCENTE ASESOR

Licenciado Ricardo Ribera Sala

AGRADECIMIENTOS

Si bien es cierto, la elaboración de este informe ha sido responsabilidad y tarea mía, sin embargo, ello no hubiera podido ser posible si no fuera por la presencia de algunas personas que me acompañaron a lo largo del proceso, tanto del curso de especialización en particular como de mi licenciatura en general.

En este sentido, quisiera comenzar agradeciéndole a mis padres, Hilda Cruz y Wilfredo Ruiz, quienes fueron un apoyo invaluable a lo largo de toda mi carrera universitaria; este logro es un agradecimiento por todo lo que ellos han hecho por mí.

Quisiera agradecerle también a Kerin Portillo, quien me ha motivado, me ha apoyado y me ha impulsado a dar el último paso para poder obtener mi título universitario, gracias por tu amor, tu confianza, por creer en mí.

De igual manera, le agradezco al docente que impartió el curso, Licenciado Ricardo Ribera Sala, por sus enseñanzas, por su pasión y dedicación a la docencia, y por hacer que mi proceso de grado haya sido de lo más gratificante y enriquecedor. Así mismo, agradezco también a la planta docente de la Licenciatura en Antropología Sociocultural que me ayudaron a formarme profesionalmente.

También me gustaría agradecerle a mi hermano Marvin, a mis amigos y a mis compañeros que me acompañaron a lo largo de la carrera, ellos también fueron una parte fundamental de mi proceso, sin su compañía y sin su apoyo no hubiera podido lograrlo.

Finalmente, me gustaría agradecerle a una persona que llegó a mi vida mientras estaba cursando el proceso de grado, una persona que se ha convertido en lo más importante de mi vida, mi hijo Alan Ernesto, sus pequeñas manos me dieron el empujoncito que necesitaba para culminar mi meta de graduarme, y seguirá siendo mi motivación para lograr todas mis aspiraciones personales y profesionales.

Contenido

RESUMEN	i
PRESENTACIÓN	iii
INTRODUCCIÓN	iv
PRIMER ENSAYO ¿Moralidad o despotismo? La China antigua frente el caos político y social	1
Introducción.....	1
1. Confucionismo y legalismo: soluciones opuestas a un problema común	2
2. Cuando dos opuestos convergen: Dinastía Han (206 a. C.–220 d. C.).....	5
3. Confucianismo y legalismo en la China actual	6
Conclusión	8
Bibliografía	9
SEGUNDO ENSAYO China y el mundo: un breve análisis de sus relaciones internacionales	10
Introducción.....	10
1. Fundamentos ideológicos, estratégicos y económicos de la política exterior china	11
1.1. La influencia del pensamiento civilizatorio chino y la reemergencia de <i>Tianxia</i>	11
1.2. El ascenso pacífico y la diplomacia no confrontativa	12
1.3. El sueño chino: rejuvenecimiento nacional e integración global	12
1.4. La geoeconomía como herramienta central del poder global chino.....	13
2. Iniciativas globales, asociaciones y alianzas que impulsan la política exterior china	13
3. Valoración general del papel de China en el sistema internacional contemporáneo	17

3.1. Contribuciones positivas al desarrollo global	18
3.2 Tensiones, dilemas y riesgos asociados a su ascenso.....	18
3.3. Reflexión crítica	19
Conclusión	20
Bibliografía	23
CONCLUSIÓN GENERAL	24

RESUMEN

El presente documento contiene dos ensayos que son el resultado de dos investigaciones realizadas en el marco del curso de especialización “China: su historia, cultura, mentalidad y actualidad”. El primero, realizado en el ciclo I-2025, se enfoca en el análisis comparativo de dos de las corrientes de pensamiento más importantes de la China antigua: el confucianismo y el legalismo; y el segundo, realizado en el ciclo II-2025, reflexiona sobre las relaciones internacionales de China en el entorno actual. El enfoque de los dos ensayos responde a la planificación del curso en el que se analizaron en el primer ciclo los aspectos más relevantes de la historia China, mientras que en el segundo ciclo el énfasis estuvo puesto en la actualidad de China y su desarrollo reciente.

El primer ensayo, titulado “¿Moralidad o despotismo? La China antigua frente al caos político y social”, analiza las diferencias entre el confucianismo y el legalismo, como respuestas al caos del período de los Reinos Combatientes en la antigua China. Mientras el confucianismo propone que el orden social se logra mediante la virtud, la educación y el ejemplo moral de los gobernantes, el legalismo sostiene que la naturaleza humana es egoísta y que sólo un sistema estricto de leyes y castigos puede garantizar la estabilidad. A pesar de sus diferencias, ambas corrientes se complementaron durante la dinastía Han, combinando la moral confuciana con la eficacia legalista. El texto concluye que esta dualidad sigue influyendo en la China actual, donde conviven valores éticos tradicionales con un fuerte control estatal.

El segundo ensayo, titulado “China y el mundo: un breve análisis de sus relaciones internacionales”, analiza el ascenso de China como una potencia central en el sistema internacional del siglo XXI, destacando que su política exterior combina tradición civilizatoria, pragmatismo económico y ambición global. A partir de conceptos como el Tianxia, el “ascenso pacífico” impulsado por Deng Xiaoping y el “sueño chino” promovido por Xi Jinping, el país proyecta una visión alternativa del orden mundial basado en la cooperación y la interdependencia. Asimismo, se

resalta el papel de la geoeconomía y de iniciativas como la Iniciativa de la Franja y la Ruta, que han ampliado su influencia global mediante infraestructura, financiamiento y tecnología. Finalmente, el texto concluye que, aunque China genera oportunidades de desarrollo, también plantea tensiones geopolíticas y desafíos, consolidándose como un actor indispensable para entender la dinámica y el futuro del sistema internacional.

PRESENTACIÓN

La Escuela de Ciencias Sociales “Licenciado Gerardo Iraheta Rosales” tiene como visión la formación de profesionales comprometidos, que, partiendo de una visión científica y humanística, contribuyan al desarrollo social, económico, político y cultural de la sociedad salvadoreña. En este sentido, la misión de la Escuela de Ciencias Sociales es que la formación de dichos profesionales se oriente a que ellos sean capaces de llevar a cabo investigaciones que aborden con pertinencia histórica y teórica las problemáticas más acuciantes de la realidad social que les rodea. A lo largo de toda la carrera a los estudiantes se les transmiten una serie de elementos teóricos y metodológicos que les permitan convertirse en profesionales capaces y competentes en el sentido anteriormente mencionado, y un último paso en dicha formación es el proceso de grado, y en este caso como alumno egresado he realizado el curso de especialización titulado **“China: su historia, cultura, mentalidad y actualidad”**, cumpliendo con uno de los requisitos para optar al grado de Licenciado en Antropología Sociocultural.

Y como parte del proceso de grado, en el presente documento se presenta el resultado de las investigaciones realizadas durante el curso, dos ensayos que abordan dos temáticas relacionadas a la historia y a la actualidad de China: en el primero se realiza un análisis comparativo de dos de las corrientes de pensamiento más importantes en China: el confucianismo y el legalismo; y en el segundo se reflexiona sobre las relaciones de China con el mundo.

INTRODUCCIÓN

Al hablar de China no se puede evitar pensar en una cultura milenaria, compleja y diversa, cuyo legado en la humanidad ha sido y sigue siendo innegable. China ha sido a lo largo de los años una civilización cuya historia se ha caracterizado por el cambio y la dinámica, pasando por momentos de gran esplendor, así como por épocas desafortunadas. Actualmente China se ha consolidado como una de las mayores potencias económicas. Esto llama la atención si se toma en cuenta que hasta hace relativamente poco tiempo el gigante asiático era considerado como un gran fracaso económico. Pero a partir de los años 80s, bajo el mandato de Deng Xiaoping, el país comenzó a experimentar un gran desarrollo, avanzando poco a poco hasta convertirse en la potencia que es hoy en día. Otra particularidad que llama la atención del actual desarrollo de China es el distanciamiento que dicho país toma con respecto al pensamiento occidental, el cual no descartan completamente, pero no se toma como modelo único, ya que en el pensamiento chino actual convergen ideas propias y ajenas (occidentales) formando en su conjunto una mezcla muy interesante que está dando buenos resultados.

Es en este contexto en el que surge el interés por comprender a China, en un mundo donde su presencia es cada vez más fuerte es necesario que desde las ciencias sociales se analicen las nuevas dinámicas sociales y culturales que la nueva potencia mundial trae consigo.

El curso de especialización “China: su historia, cultura, mentalidad y actualidad” surge de esa inquietud por conocer y analizar al nuevo vecino global. Y para una mejor organización de los contenidos, fue organizado en dos partes, en un primer momento se abordó su desarrollo histórico, un tema bastante extenso, pero que fue excelentemente sintetizado por el docente; luego, en la segunda parte del curso, el énfasis fue puesto en su desarrollo más reciente, en cómo llegó a convertirse en la potencia que es actualmente.

En el desarrollo del curso se realizaron dos investigaciones bibliográficas, las cuales dieron como resultado la elaboración de dos ensayos, uno sobre la historia china y

el otro sobre su actualidad. Aunque por razones de tiempo y por la naturaleza del curso solo fue posible abordar aspectos particulares de ambas temáticas. Es en este sentido que el primer ensayo se enfocó específicamente en el análisis comparativo de dos de las más representativas corrientes de pensamiento chino: el confucianismo y el legalismo; mientras que en el segundo ensayo se reflexionó sobre las relaciones de China con el mundo en la actualidad.

PRIMER ENSAYO
¿Moralidad o despotismo?
La China antigua frente el caos político y social

Introducción

El confucianismo y el legalismo, dos de las principales corrientes filosóficas surgidas durante el período de los Reinos Combatientes en la antigua China (475 a. C.-221 a. C), representan visiones profundamente contrastantes respecto a la naturaleza humana, la estructura de la sociedad, la ética personal y la función del Estado. Aunque ambas filosofías emergieron como respuestas a una época de caos y fragmentación política, sus soluciones al problema del orden social contrastan radicalmente. Mientras el confucianismo, fundado por Confucio (Kong Fuzi) (551 a. C.-479 a. C.), propone una estructura social armoniosa basada en la virtud, la educación, las relaciones humanas jerárquicas y la piedad filial, el legalismo, por su parte, influenciado por figuras como Han Fei Tzu (280 a. C.-233 a. C) y Shang Yang (390 a. C.-338 a. C), considera que sólo la aplicación estricta de leyes y castigos garantiza el orden. Este ensayo, que representa la culminación del primer módulo del curso titulado “China: su historia, cultura, mentalidad y actualidad”, busca profundizar y reflexionar sobre uno de los temas vistos durante las sesiones, esto, con el fin de materializar los conocimientos adquiridos durante esta primera parte del curso de especialización realizado como requisito previo para adquirir el título de Licenciado en Antropología Sociocultural.

Para poder realizar una presentación clara y concisa de las principales diferencias existentes entre el confucionismo y el legalismo, el presente ensayo, en su primera parte, se ha estructurado tomando en cuenta ciertos indicadores en los que más presentes se encuentran dichas diferencias, estos son: la visión de la naturaleza humana, las relaciones sociales, la ética personal, la educación y la función del Estado. Adicional a dicha presentación de los contrastes existentes entre ambas posturas, se procederá a reflexionar sobre el destino dialéctico que tuvieron el

confucianismo y el legalismo, en la medida que, después de haber sido filosofías opuestas y en algunas ocasiones excluyentes, terminaron convergiendo y complementándose en el gobierno de una dinastía posterior al período de los Reinos Combatientes. Finalmente se realizará una breve reflexión sobre el papel que dichas propuestas juegan hasta el día de hoy en la sociedad china. Luego de haber desarrollado dichos contenidos, se cerrará el ensayo con una breve reflexión general.

1. Confucianismo y legalismo: soluciones opuestas a un problema común

Tal como se ha mencionado en la introducción, el confucianismo y el legalismo nacieron dentro de un conjunto de escuelas de pensamiento conocido como “las cien escuelas”, las cuales se desarrollaron en un contexto conflictivo y de crisis social, conocido como el período de los Reinos Combatientes, en el que siete Estados (Qi, Chu, Yan, Han, Zhao, Wei y Qin) luchaban incansablemente por el dominio de China. No es necesario profundizar tanto en las particularidades de dicho período para poder darse cuenta que se caracterizó por ser sumamente conflictivo y estar lleno de crisis e inestabilidades. Ante dicha situación, surgieron diferentes propuestas para afrontar esa problemática social, entre las que destacan particularmente dos: el confucianismo y el legalismo, escuelas de pensamiento que partían de premisas diametralmente opuestas, las cuales serán expuestas en las siguientes líneas.

Respecto al tema de la naturaleza humana, el confucianismo parte de la premisa de que los seres humanos poseen una disposición natural hacia la bondad. Esta idea, influenciada por el pensamiento de Mencio (Mengzi) (372 a. C.-289 a. C.), otro importante pensador confuciano, sostiene que los individuos tienen una capacidad innata para desarrollar virtudes morales, aunque estas deben ser cultivadas a través de la educación, la introspección y el ejemplo de los sabios. Según el análisis de Manuel Fraijó (2019), Confucio enfatiza el cultivo del “ren” (benevolencia),

considerado el ideal supremo de humanidad, junto con el "li" (protocolo ritual) y el "yi" (justicia), que guían las relaciones sociales.

La educación, más que una simple transmisión de conocimientos, es entendida como una herramienta para el perfeccionamiento moral del individuo. En este sentido, el confucianismo no solo propone un modelo ético individual, sino también una visión de comunidad donde las virtudes se expanden desde la familia hacia el Estado. Un hijo piadoso (xiao) será un ciudadano responsable, y un gobernante virtuoso garantizará la paz sin necesidad de recurrir a la fuerza.

El legalismo, en cambio, parte de una visión profundamente escéptica de la naturaleza humana. A diferencia del optimismo moral del confucianismo, los legalistas como Han Fei Tzu y Shang Yang postulan que los seres humanos son esencialmente egoístas, motivados por el interés personal y la búsqueda del beneficio. Watson (1996), sostiene que, para los legalistas, cualquier intento de educar al individuo en la virtud es inútil; lo que se requiere es un sistema impersonal de leyes que incentive el comportamiento deseado y castigue la desviación.

Este pesimismo antropológico conduce a una estructura estatal altamente centralizada y tecnocrática, donde las normas legales no solo regulan el comportamiento externo, sino que se convierten en el único criterio legítimo de conducta. La ley reemplaza a la moral como guía de acción, y el castigo se convierte en el principal instrumento pedagógico del Estado.

Puede verse, pues, que el centro de las propuestas legalista y confucianista es completamente opuesto, ya que mientras el confucianismo ubica al ser humano en el centro de su planteamiento, el legalismo plantea que es la estructura social, el poder y las leyes las que se encuentran al centro del funcionamiento de la sociedad. Mientras que el legalismo pretendía que las leyes y castigos dieran forma al comportamiento y el orden de los miembros de la sociedad, el confucianismo por su parte proponía un camino inverso, en tanto que sería la moralidad de los individuos la que daría forma a una sociedad más armoniosa y menos conflictiva. Mientras el confucianismo afirma que las personas son moralmente perfectibles y tienden al bien, el legalismo considera que solo pueden ser controladas mediante la imposición

externa. Esta diferencia epistemológica no es solo teórica, sino que tiene profundas implicaciones prácticas: mientras el confucianismo apuesta por una pedagogía moral, el legalismo aplica una lógica punitiva.

Al hablar sobre el tema de las relaciones sociales y el gobierno, Lemus Delgado (2020), argumenta que la propuesta confuciana se articula como una filosofía de la vida pública basada en la armonía relacional. El confucianismo organiza las relaciones sociales a través del sistema de los "Cinco Vínculos" (padre-hijo, gobernante-súbdito, esposo-esposa, hermano mayor-hermano menor, y amigo-amigo), en los que se espera un comportamiento ético acorde con el rol de cada individuo.

En cuanto al gobierno, la autoridad se legitima no por la coacción o la imposición, sino por la virtud del gobernante. El concepto del "Mandato del Cielo" (Tianming) establece que el poder político se justifica en la medida en que el gobernante actúe con justicia y compasión. Cuando esto no ocurre, el pueblo tiene derecho a la desobediencia. Así, el confucianismo ofrece una ética política basada en la ejemplaridad y no en el castigo.

Por su parte, el legalismo busca alcanzar la estabilidad política y social mediante un aparato estatal fuerte, estructurado sobre la premisa de la obediencia absoluta. Han Fei Tzu desarrolla los conceptos de fa (ley), shu (técnica administrativa) y shi (autoridad del cargo) como los tres pilares de su filosofía política. En este modelo, el gobernante no necesita ser virtuoso, sino hábil en el manejo de las herramientas del poder. La ley debe aplicarse de forma uniforme, sin privilegios ni excepciones, incluso para los nobles o funcionarios.

Este enfoque tuvo su máxima expresión durante la dinastía Qin (221–206 a.C.), bajo el primer emperador Qin Shi Huang, cuya administración adoptó el legalismo como doctrina oficial. Las reformas incluyeron la unificación del sistema de pesos y medidas, la estandarización de la escritura y la eliminación de textos confucianos, que fueron considerados peligrosos por su énfasis en la moral y la crítica al poder absoluto.

Las diferencias entre el confucianismo y el legalismo en este punto son sumamente palpables, ya que en tanto que el confucianismo promueve la educación como la herramienta principal para el mejoramiento del individuo y la construcción de una sociedad virtuosa, el legalismo por su parte no confía en la educación moral, sino que basa la transformación social en la disciplina impuesta por leyes inflexibles y sanciones ejemplares.

Otro punto de divergencia entre el confucionismo y el legalismo se encuentra en la visión que cada escuela tenía sobre los gobernantes, ya que, en la visión confuciana, el gobernante es un líder moral cuya legitimidad deriva de su virtud y sabiduría. Su deber principal es inspirar a su pueblo mediante el ejemplo. En cambio, para el legalismo, el gobernante debe ser un estratega implacable, capaz de mantener el orden mediante el control y la vigilancia. Esta diferencia produce modelos de autoridad radicalmente distintos: uno paternalista y ético, el otro autoritario y técnico.

Dichas diferencias se reflejan de igual manera en la percepción que cada filosofía tenía sobre las relaciones sociales y la estructura social. El confucianismo valora las relaciones humanas y propone un orden social basado en la confianza, el respeto mutuo y la jerarquía afectiva. El legalismo, por su parte, relega las relaciones personales en favor de una igualdad formal ante la ley, donde las emociones y vínculos no tienen cabida. En términos prácticos, esto da lugar a estructuras sociales muy diferentes: una basada en el deber moral y la reciprocidad, y otra en la obediencia ciega y la impersonalidad.

2. Cuando dos opuestos convergen: Dinastía Han (206 a. C.–220 d. C.)

A pesar de sus diferencias aparentemente irreconciliables, tanto el confucianismo como el legalismo coexistieron y, en ciertos periodos, se complementaron dentro del entramado político e ideológico de la antigua China (Liu, 2024). Un ejemplo notable de esta convergencia fue durante la dinastía Han (206 a. C.–220 d. C.), cuando el gobierno adoptó un enfoque híbrido que combinaba la estricta estructura del

legalismo con los valores éticos y morales del confucianismo. Mientras que el legalismo ofrecía un sistema normativo claro y mecanismos eficientes de control social, el confucianismo proporcionaba una base moral que legitimaba la autoridad imperial y fomentaba la lealtad, el respeto jerárquico y la armonía social.

Bajo el emperador Han Wudi, por ejemplo, el confucianismo fue establecido como doctrina oficial del Estado, pero sin abandonar del todo las herramientas legales y administrativas legadas por la anterior dinastía Qin. En la práctica, esto significaba que las leyes seguían siendo estrictas y detalladas, pero se aplicaban con un enfoque más humanista, guiado por ideales de justicia y benevolencia. Esta síntesis pragmática permitió una forma de gobernanza más flexible y sostenible, que evitaba tanto la rigidez absoluta del legalismo como la dependencia exclusiva en la virtud personal de los gobernantes, como proponía el confucianismo en su forma más pura.

La coexistencia de estas dos corrientes filosóficas no solo fortaleció la estructura del Estado Han, sino que también dejó una huella duradera en la tradición política china, influyendo en las formas de gobierno durante siglos posteriores. Así, la dinastía Han a pesar de su corta existencia no solo logró estabilizar un imperio vasto y diverso, sino que también sentó las bases para una síntesis ideológica que seguiría moldeando la identidad china mucho después de su caída.

3. Confucianismo y legalismo en la China actual

En el contexto contemporáneo, tanto el confucianismo como el legalismo continúan ejerciendo una influencia significativa en la política, la cultura y la vida cotidiana de China, aunque adaptados a los desafíos y dinámicas del siglo XXI. Lejos de ser reliquias filosóficas del pasado, estas corrientes de pensamiento han sido reinterpretadas por el Estado y la sociedad como herramientas útiles para la cohesión social, la legitimación del poder político y la formulación de una identidad cultural distintiva frente a la globalización.

El confucianismo, en particular, ha experimentado un notable resurgimiento en las últimas décadas, promovido tanto por el gobierno como por sectores académicos e intelectuales. En medio de una modernización acelerada y una transformación económica profunda, los valores confucianos —como la armonía, el respeto a la autoridad, la importancia de la familia y el deber colectivo— han sido revitalizados como fundamentos morales capaces de sostener la estabilidad social. Instituciones educativas, programas estatales y discursos oficiales han incorporado cada vez más elementos de esta tradición, presentándola como una expresión auténtica de la civilización china y un contrapeso a los valores individualistas promovidos por Occidente (Bell, 2015).

Paralelamente, los principios del legalismo continúan reflejándose en la estructura y el funcionamiento del aparato estatal, especialmente bajo el liderazgo del Partido Comunista Chino. El énfasis en el orden, la disciplina, la centralización del poder y el uso de tecnologías avanzadas para la vigilancia y el control social evocan claramente la herencia legalista. Si bien el discurso oficial evita identificar explícitamente estas prácticas con el legalismo, su espíritu subyace en muchas de las estrategias utilizadas para mantener la autoridad del Estado y la estabilidad del régimen.

Esta dualidad —la moral confuciana como fachada de armonía y la maquinaria legalista como sostén del control— define gran parte del panorama sociopolítico chino actual. En este marco, el debate contemporáneo sobre cómo equilibrar la autoridad estatal con las libertades individuales, el desarrollo económico con la justicia social, y la tradición con la modernidad, refleja, en esencia, una prolongación de la tensión histórica entre el idealismo ético del confucianismo y el realismo pragmático del legalismo. Así, más que un conflicto resuelto, esta relación sigue siendo un eje central de reflexión sobre el futuro político y cultural de China.

Conclusión

El recorrido por el pensamiento confuciano y legalista permite entender que la antigua China, enfrentada al caos político y social de su época, no sólo generó respuestas filosóficas profundas, sino que también sentó las bases de un modelo de gobernanza cuyos ecos aún resuenan en la China contemporánea. El confucianismo, con su énfasis en la virtud, la armonía y la educación moral, representa una apuesta por la transformación del individuo como camino hacia la estabilidad colectiva. En contraposición, el legalismo, con su desconfianza en la naturaleza humana y su fe en la ley como instrumento de control, plantea una visión pragmática del poder y del orden social.

A pesar de sus diferencias estructurales y su aparente incompatibilidad, la historia demostró que ambas corrientes podían coexistir e incluso complementarse. La síntesis lograda durante la dinastía Han es una clara manifestación de esta convergencia, que permitió construir un modelo político estable, donde la moral confuciana legitimaba el ejercicio del poder, mientras que las herramientas legalistas aseguraban su eficacia práctica. Esta alianza estratégica marcó el inicio de una tradición de gobierno dual, en la que ética y control, educación y castigo, coexistieron como pilares de la autoridad estatal.

Hoy, en pleno siglo XXI, la China moderna sigue enfrentando los mismos dilemas fundamentales que inquietaban a sus antiguos pensadores: ¿cómo gobernar una sociedad diversa y compleja? ¿Debe prevalecer la autoridad del Estado o la autonomía del individuo? ¿Qué papel deben jugar la moral, la tradición y la ley en la construcción del orden? Las respuestas, aunque adaptadas a los nuevos tiempos, continúan bebiendo de las raíces profundas del confucianismo y el legalismo. En este sentido, el estudio de estas filosofías no es sólo un ejercicio de comprensión histórica, sino también una herramienta crítica para interpretar el presente y proyectar el futuro de una de las civilizaciones más influyentes del mundo.

Bibliografía

Bell, D. A. *The China Model: Political Meritocracy and the Limits of Democracy*. Princeton University Press, 2015.

Fraijó, M. (2019). Confucio [Video]. YouTube.
<https://www.youtube.com/watch?v=CTtnGjZI-h4>

Lemus Delgado, D.R. (2014). Confucianismo como humanidad: claves para complementar la modernidad. *México y la Cuenca del Pacífico*, 3(9), 77–104.
<https://doi.org/10.32870/mycp.v3i9.472>

Liu, D. (2024). Differences and integration of political thought between ancient Chinese Confucianism and legalism. *TRANS/FORM/AÇÃO: Revista de Filosofia*, 47(4), e0240042. <https://doi.org/10.1590/0101-3173.2024.v47.n4.e0240042>

Watson, B. (Trad.) (1996). *Han Fei Tzu: Basic Writings* (1.^a ed.). Columbia University Press.

SEGUNDO ENSAYO

China y el mundo: un breve análisis de sus relaciones internacionales

Introducción

La política exterior china contemporánea se ha convertido en uno de los fenómenos geopolíticos más influyentes del siglo XXI. La magnitud de su transformación económica, el crecimiento tecnológico y la expansión de sus vínculos internacionales han impulsado un proceso profundo de reconfiguración del sistema global. Para autores como Roland (2021), el ascenso chino se ha convertido en el eje central del reajuste geopolítico de Asia Oriental y del cambio del equilibrio de poder mundial. No se trata únicamente de la emergencia de un país económicamente poderoso, sino del retorno de una civilización histórica que proyecta una visión alternativa del orden internacional. Esta idea es fundamental para comprender el sentido ideológico y estratégico de su política exterior, que combina tradición civilizatoria, pragmatismo económico y ambición global.

La necesidad de analizar los fundamentos de la política internacional china, sus iniciativas globales y su impacto en la gobernanza internacional es clave para entender los desafíos y oportunidades que plantea la nueva configuración del poder mundial. China no se limita a actuar como un Estado más dentro del sistema global; su comportamiento exterior responde a una lógica propia sustentada en marcos culturales, históricos y filosóficos que han sido reinterpretados para las condiciones del siglo XXI, como muestra Margueliche (2019) en su estudio sobre *Tianxia* y el “sueño chino”. Por ello, la política exterior china requiere un análisis profundo que integre dimensiones materiales e ideacionales, reconociendo su carácter dual como potencia moderna e imperio civilizatorio.

1. Fundamentos ideológicos, estratégicos y económicos de la política exterior china

La política internacional china se sostiene sobre un conjunto de principios y visiones que se han transformado con el tiempo pero que conservan elementos permanentes. La evolución desde la China maoísta aislada hacia la China reformista de Deng Xiaoping y finalmente hacia la China global de Xi Jinping refleja una continuidad en la búsqueda de autonomía, estabilidad y reconocimiento. Sin embargo, cada etapa ha adaptado sus estrategias a las condiciones geopolíticas del momento.

1.1. La influencia del pensamiento civilizatorio chino y la reemergencia de *Tianxia*

Uno de los elementos distintivos de la política china es la permanencia de su pensamiento civilizatorio, que considera a China no solo un país, sino una civilización milenaria con una visión propia de gobernanza. El concepto de *Tianxia*, estudiado en profundidad por Margueliche (2019), ocupa un lugar importante en el discurso internacional contemporáneo de China. Aunque surgió en la antigua filosofía política china, ha sido reinterpretado en el siglo XXI para legitimar el rol de China en la construcción de un orden internacional armónico y cooperativo.

El planteamiento de *Tianxia* no supone una imposición hegemónica en términos militares, sino una propuesta de orden basada en la interdependencia y la ausencia de conflictos abiertos. Dicho planteamiento enfatiza que distintos actores pueden coexistir en armonía bajo un marco compartido donde la estabilidad es el bien supremo. Esta relectura del pasado tradicional se convierte en herramienta de legitimación para la expansión geoeconómica de China, la cual se enmarca como un aporte civilizatorio y no como una amenaza.

La incorporación de esta narrativa civilizatoria al discurso diplomático tiene la función de presentar a China como un actor distinto del modelo occidental. Mientras Occidente suele asociar poder con dominio y competencia, China se presenta como portadora de un orden inclusivo que promueve la cooperación y el desarrollo común (Margueliche, 2019). Esta estrategia discursiva, más allá de sus motivaciones políticas, refleja el peso que tiene la historia en la construcción de la identidad internacional china.

1.2. El ascenso pacífico y la diplomacia no confrontativa

Desde el inicio de las reformas de Deng Xiaoping, China adoptó una postura pragmática y de bajo perfil en el escenario internacional. Como explica Martínez Piva (2018), el concepto de “ascenso pacífico” se formuló explícitamente para tranquilizar a otros actores ante el rápido crecimiento económico chino. Su objetivo era asegurar que la modernización de China no implicaría una amenaza militar para el sistema internacional, sino un proceso cooperativo centrado en el intercambio económico y la estabilidad global.

Aunque ciertos sectores en Occidente han interpretado el ascenso chino como un desafío inevitable, China ha insistido en que su expansión busca beneficios mutuos. Esto se relaciona con las creencias estratégicas tradicionales de evitar confrontaciones prematuras, una regla fundamental de su diplomacia desde los años ochenta. Roland (2021) afirma que la moderación china en temas de seguridad regional responde a su interés en mantener un entorno estable que permita continuar su proceso de modernización.

1.3. El sueño chino: rejuvenecimiento nacional e integración global

Con el liderazgo de Xi Jinping, la política exterior china ha adquirido un tono más activo y ambicioso. El concepto de “**sueño chino**” representa una visión nacional

de grandeza que combina prosperidad económica, poder tecnológico, cohesión social y reconocimiento internacional. Martínez Piva (2018) destaca que este ideal implica una proyección externa más decidida, en la que China busca ocupar un lugar central en el orden global.

El sueño chino no se dirige únicamente al público interno; es también un mensaje internacional que subraya la legitimidad de China para liderar iniciativas globales. En este sentido, funciona como complemento del ascenso pacífico: mientras este explica las formas de crecimiento, el sueño chino define su propósito histórico.

1.4. La geoeconomía como herramienta central del poder global chino

Para Pino Acevedo (2017), el secreto del éxito chino en la globalización ha sido su capacidad de utilizar el comercio, la inversión y las cadenas de suministro como herramientas de influencia. China comprendió que el poder económico es más eficaz que el poder militar para construir alianzas y expandir su presencia global. Su estrategia no busca imponer ideologías, sino construir infraestructura, proveer tecnología, financiar proyectos y crear dependencia económica favorable.

La geoeconomía se convierte así en el motor central de su política exterior. Las empresas estatales, los bancos de inversión y los fondos soberanos actúan como instrumentos de diplomacia económica, generando vínculos duraderos con países de todo el mundo.

2. Iniciativas globales, asociaciones y alianzas que impulsan la política exterior china

La política exterior china contemporánea se sostiene sobre un entramado complejo de iniciativas globales, asociaciones estratégicas y mecanismos de cooperación que buscan proyectar al país hacia una posición central dentro del sistema internacional. A diferencia de las potencias occidentales, cuya influencia se ha

basado históricamente en alianzas militares, pactos de defensa o presiones políticas directas, China ha optado por un modelo distinto que privilegia la interdependencia económica, el intercambio tecnológico, la construcción de infraestructura y la creación de instituciones alternas que legitiman su creciente presencia global. Esta estrategia responde no solo a su interés nacional —asegurar recursos, mercados, rutas comerciales y estabilidad regional—, sino también a una visión de largo plazo sobre su lugar en el mundo y su capacidad de incidir en los procesos históricos del siglo XXI.

La expansión internacional de China se cristaliza, ante todo, en la Iniciativa de la Franja y la Ruta (BRI), presentada en 2013 como un proyecto destinado a reconstruir las rutas terrestres y marítimas que conectaban a Eurasia en la antigüedad. Hoy se ha convertido en el programa de cooperación e infraestructura más ambicioso del planeta, involucrando a más de 140 países en una red transcontinental que articula puertos, ferrocarriles, zonas industriales, corredores energéticos, plataformas digitales y marcos de cooperación cultural. Margueliche (2019) señala que la BRI no debe entenderse únicamente como un plan económico, sino como la actualización de un ideal civilizatorio arraigado en la tradición china: la idea de que el orden y la armonía se extienden hacia afuera mediante vínculos de cooperación y no mediante la imposición militar. Desde esa perspectiva, la BRI simboliza una visión del mundo donde la conectividad, la circulación y la interdependencia se convierten en pilares de estabilidad internacional.

Los países receptores, según revela el estudio *China's Belt and Road Initiative: Views from the Ground* (2020), valoran este proyecto como una oportunidad para acceder a formas de financiamiento y construcción de infraestructura que las instituciones occidentales no siempre están dispuestas a proporcionar. Muchos gobiernos ven en China un socio que actúa con rapidez, que ofrece capital sin exigir restricciones políticas y que acompaña sus inversiones con transferencia tecnológica y programas de formación. Sin embargo, la BRI también ha generado debates sobre la sostenibilidad de la deuda, la transparencia de los proyectos, la protección ambiental y el impacto político de la presencia china. A pesar de estas

críticas, la magnitud del programa, su expansión continua y su aceptación en regiones diversas demuestran que China ha logrado convertirse en un actor central en la construcción de infraestructura global, desplazando en muchos casos el protagonismo financiero de potencias occidentales.

Esta reconfiguración del orden económico internacional se refuerza con la creación de instituciones financieras alternativas impulsadas directamente por China. El Banco Asiático de Inversión en Infraestructura (AIIB) y el Nuevo Banco de Desarrollo de los BRICS representan un desafío directo a la hegemonía histórica del FMI y el Banco Mundial. Pino Acevedo (2017) destaca que estos nuevos organismos buscan ofrecer créditos sin condicionalidades políticas, promoviendo así un modelo de cooperación más adaptado a las necesidades de los países del Sur Global. Esta estrategia no solo incrementa el margen de maniobra de China dentro del sistema financiero internacional, sino que fortalece su narrativa de país dispuesto a apoyar el desarrollo sin imponer agendas ideológicas. Para muchos Estados, especialmente aquellos con limitaciones estructurales de financiamiento, este tipo de instituciones constituye una alternativa pragmática frente al orden económico tradicional.

Además de su poder financiero, China ha logrado consolidar una red de alianzas y plataformas regionales que refuerzan su influencia política y comercial. El bloque BRICS, integrado por emergentes que buscan un orden multipolar más equilibrado, funciona como un espacio donde China proyecta su capacidad de convocatoria y su liderazgo económico. El RCEP, considerado el acuerdo comercial más grande del mundo, coloca a China en el centro de la integración económica asiática, mientras que la Organización de Cooperación de Shanghái ofrece un mecanismo para coordinar temas de seguridad, lucha contra el terrorismo y estabilidad regional, especialmente en Asia Central. Roland (2021) afirma que esta combinación de proyectos multilaterales ha permitido a China no solo consolidar su papel como potencia regional, sino también articular una red de cooperación global que trasciende ampliamente las fronteras asiáticas.

Otro componente fundamental de la estrategia internacional china es la proyección tecnológica a través de la llamada Ruta de la Seda Digital. Este programa engloba inversiones en telecomunicaciones, infraestructura digital, inteligencia artificial, satélites, comercio electrónico y plataformas de datos. Para China, dominar estos sectores equivale a posicionarse en los espacios que determinarán la competitividad global del futuro. Martínez Piva (2018) advierte que la competencia tecnológica será uno de los principales escenarios de disputa por la hegemonía mundial durante el siglo XXI, y China está decidida a liderar ese campo mediante la exportación de sistemas 5G, la construcción de ciudades inteligentes y la creación de ecosistemas digitales que pueden redefinir los estándares globales. La Ruta de la Seda Digital, por tanto, no solo dinamiza la economía global; también proyecta una influencia estratégica que se extiende a la gobernanza tecnológica, la seguridad de la información y la gestión de datos a escala planetaria.

Aunque China evita replicar alianzas militares tradicionales, mantiene una postura firme en asuntos vinculados a su integridad territorial y su seguridad estratégica. Regiones como el Mar del Sur de China, Taiwán, Asia Central y las rutas marítimas del Océano Índico son consideradas esenciales para sus intereses económicos y geopolíticos. Roland (2021) señala que esta firmeza no debe interpretarse como un expansionismo clásico, sino como la defensa activa de rutas comerciales y espacios que China considera vitales para su desarrollo. La protección de estas áreas garantiza la estabilidad de sus importaciones energéticas, la seguridad de su comercio marítimo y la continuidad de su proyecto de modernización.

En conjunto, todas estas iniciativas muestran que el ascenso chino no es improvisado ni circunstancial; responde a una visión estratégica de largo plazo que busca transformar la estructura misma del sistema internacional. Las percepciones sobre este proceso varían considerablemente: algunos interpretan la expansión china como una oportunidad para construir un orden más inclusivo, menos dependiente de las potencias tradicionales y más abierto a nuevas formas de cooperación. Otros observan riesgos vinculados a la creciente influencia de un Estado autoritario, a la creación de dependencias financieras o tecnológicas y al

impacto que su ascenso podría tener sobre los equilibrios globales de poder. Sin embargo, más allá de estas evaluaciones, existe un consenso sólido: comprender la dinámica internacional contemporánea requiere necesariamente analizar el papel de China, pues ningún fenómeno global —sea económico, tecnológico, energético o geopolítico— puede explicarse sin considerar la presencia activa de esta potencia emergente.

China se ha convertido, así, en un actor indispensable del siglo XXI. Su política exterior no solo configura nuevas rutas comerciales, instituciones y alianzas, sino que redefine la propia naturaleza de la globalización y plantea preguntas fundamentales sobre el futuro orden mundial. Su ascenso marca un punto de inflexión histórico que continuará transformando las relaciones internacionales en las próximas décadas.

3. Valoración general del papel de China en el sistema internacional contemporáneo

El ascenso de China en las últimas décadas ha transformado de manera irreversible la estructura del sistema internacional. Tanto en el plano económico como en el político y tecnológico, China ha dejado de ser un actor periférico para convertirse en un protagonista central. Las interpretaciones sobre esta irrupción son diversas: algunas visiones la consideran un motor de desarrollo para amplias regiones del mundo, mientras que otras la observan con cautela por las posibles tensiones que introduce en la arquitectura global. Sin embargo, incluso en medio de estas diferencias, existe un consenso generalizado: comprender la dinámica internacional del siglo XXI es imposible sin tomar en cuenta el papel de China y la complejidad de su proyección exterior.

3.1. Contribuciones positivas al desarrollo global

Uno de los aspectos más destacados de la presencia internacional china es su capacidad para dinamizar el desarrollo de países que enfrentaban limitaciones estructurales en materia de infraestructura, financiamiento y conectividad. De acuerdo con Oliveira et al. (2020), la expansión de la Iniciativa de la Franja y la Ruta ha permitido que Estados con ingresos medios y bajos accedan a carreteras, puertos, redes energéticas y proyectos tecnológicos que difícilmente habrían obtenido a través de actores tradicionales. Este tipo de cooperación ha otorgado un impulso significativo al comercio, ha reducido costos logísticos y ha mejorado la interconexión regional en zonas históricamente marginadas.

La estrategia china de no exigir reformas políticas internas como condición para la cooperación también ha sido bien recibida por numerosos gobiernos que buscan impulsar el desarrollo sin verse sometidos a presiones externas. Como señala Pino Acevedo (2017), esta política se presenta como una alternativa atractiva frente a los modelos de asistencia occidental, tradicionalmente asociados a condicionalidades políticas o económicas. Además, el avance tecnológico chino, especialmente en áreas como telecomunicaciones, inteligencia artificial y economía digital, ha generado una competencia global que acelera la innovación y diversifica las opciones disponibles para los países en desarrollo. En este sentido, China se proyecta no solo como un proveedor de recursos financieros, sino también como un catalizador de procesos de modernización.

3.2 Tensiones, dilemas y riesgos asociados a su ascenso

No obstante, el surgimiento de China como potencia también ha generado preocupaciones que se reflejan en debates académicos y geopolíticos. Una de las principales inquietudes radica en la posibilidad de que ciertos países desarrollen una dependencia económica excesiva, especialmente cuando sus relaciones comerciales y financieras se concentran en un solo socio. El financiamiento

asociado a los proyectos de la Franja y la Ruta ha sido señalado en algunos casos como generador de endeudamiento y de disminución del margen de maniobra política de los Estados receptores. Aunque estas situaciones no son uniformes ni generalizables, sí han alimentado discusiones sobre la sostenibilidad de la cooperación china en el largo plazo.

A ello se suman tensiones geopolíticas más amplias, particularmente la rivalidad entre China y Estados Unidos, que diversos autores consideran un eje estructural de la política internacional contemporánea. Roland (2021) advierte que esta competencia podría convertirse en uno de los conflictos definitorios del siglo XXI, con repercusiones no solo para ambos países, sino para el conjunto del sistema global. La disputa tecnológica, la competencia por esferas de influencia y la redefinición de normas internacionales son aspectos centrales de esta rivalidad. Además, China enfrenta desafíos internos –entre ellos el acelerado envejecimiento poblacional, la desaceleración económica y presiones sociales– que, según Martínez Piva (2018), podrían afectar la estabilidad o la proyección exterior del país en las próximas décadas.

3.3. Reflexión crítica

En última instancia, el ascenso chino no puede interpretarse únicamente como la emergencia de una nueva potencia económica. Implica, más bien, una transformación profunda de la lógica que organiza el sistema internacional. El modelo chino combina elementos de su tradición civilizatoria con una visión contemporánea del desarrollo acelerado, la planificación estratégica y la centralidad de la tecnología. No persigue replicar los patrones del imperialismo clásico, pero tampoco actúa desde la neutralidad: su expansión responde a una concepción particular del orden global, de la cooperación y del papel del Estado en el proceso de modernización.

La influencia de China será determinante en la definición de un nuevo equilibrio internacional, probablemente más multipolar, más diverso en sus centros de poder

y más complejo en sus formas de interacción. Ante este escenario, el desafío para la comunidad internacional no radica en contener o frenar su crecimiento, sino en construir mecanismos de convivencia, diálogo y cooperación que permitan gestionar la competencia sin llegar a la confrontación. La presencia china, con sus oportunidades y riesgos, constituye ya uno de los pilares del sistema global del siglo XXI.

Conclusión

El análisis de la política exterior china permite comprender que su ascenso no es un fenómeno aislado ni improvisado, sino el resultado de un proceso histórico de largo aliento que combina tradición civilizatoria, estrategia estatal y adaptación pragmática a las dinámicas de la globalización. China ha logrado articular una visión propia del orden internacional, sustentada tanto en elementos profundamente enraizados en su historia —como la noción de Tianxia o la búsqueda de armonía y estabilidad— como en objetivos contemporáneos vinculados al desarrollo económico, la innovación tecnológica y la consolidación de redes globales de interdependencia. En este sentido, su política internacional constituye una síntesis entre identidad y modernidad, donde el pasado se reinterpreta para legitimar las ambiciones del presente.

Las iniciativas globales impulsadas por China, entre ellas la Iniciativa de la Franja y la Ruta, las instituciones financieras alternativas y los nuevos espacios tecnológicos y comerciales, revelan una estrategia coherente destinada a fortalecer su posición central dentro del sistema internacional. Más que expandir su poder mediante mecanismos tradicionales de dominación militar, China ha optado por una lógica geoeconómica que prioriza el comercio, la infraestructura, el financiamiento y la construcción de redes de cooperación. Este enfoque ha permitido al país consolidar una presencia profunda en regiones históricamente marginadas, transformando paisajes económicos completos y ofreciendo alternativas reales a un orden global hasta hace poco dominado por potencias occidentales.

Sin embargo, el ascenso chino también plantea desafíos significativos. Las tensiones derivadas de la rivalidad estructural con Estados Unidos, los debates sobre la sostenibilidad de la deuda asociada a proyectos de infraestructura, la posibilidad de generar dependencias económicas y la creciente competencia tecnológica son elementos que complejizan su papel en la política internacional. A ello se suman los propios retos internos de China, como el envejecimiento demográfico y las incertidumbres de su modelo económico, que podrían influir en su estabilidad y en la continuidad de su proyección global. Esta dualidad — oportunidad para algunos, preocupación para otros— explica por qué su ascenso es analizado con tanta intensidad en los debates contemporáneos sobre el futuro del orden mundial.

Pese a estas tensiones, un aspecto resulta indiscutible: China se ha convertido en un actor indispensable para comprender el funcionamiento del sistema internacional del siglo XXI. Su expansión ha reconfigurado la globalización, ha modificado los flujos de comercio y de inversión, y ha introducido nuevas dinámicas tecnológicas que obligan a los Estados a ajustarse a un entorno más competitivo y menos dependiente de los modelos tradicionales. Lejos de representar solo a un país que crece, China simboliza la consolidación de un nuevo centro de poder cuyos efectos se proyectarán durante décadas.

El futuro del sistema internacional dependerá en gran medida de la capacidad de las potencias —incluida China— para construir mecanismos de convivencia en un escenario cada vez más multipolar. La clave no residirá en frenar el ascenso chino, sino en gestionar la interdependencia global de manera que la competencia no desemboque en confrontación abierta. El reto para la comunidad internacional será encontrar formas de cooperación que reconozcan la centralidad de China sin descuidar la estabilidad global, la diversidad de modelos políticos y la necesidad de evitar una nueva fragmentación del orden mundial.

En suma, China no solo se ha integrado al sistema internacional: lo ha transformado. Su influencia económica, tecnológica, cultural y estratégica continuará redefiniendo las reglas del juego global. Comprender su política exterior es comprender el rumbo

del siglo XXI, porque ningún proceso internacional relevante —desde el comercio hasta la seguridad, desde la tecnología hasta las transiciones energéticas— puede analizarse hoy sin considerar la presencia activa y decisiva de la República Popular China.

Bibliografía

Margueliche, J. C. R. (2019). El sistema de Tianxia y el sueño chino como plataformas teóricas-discursivas para la construcción de legitimidad en la nueva ruta de la seda de China. *Revista Razón Crítica*, 7(7), 25–52.

Martínez Piva, Juan Carlos. (2024). Política Exterior de China: del ascenso pacífico al sueño chino – implicaciones para el análisis de las relaciones internacionales. *Revista Relaciones Internacionales*, 97(2), 35-53.

Oliveira, G., Myers, M., & Zhang, X. (2020). *The Belt and Road Initiative and its Impact on Developing Countries*. *Journal of Contemporary China*, 29(123), 1–17.

Pino Acevedo, J. C. (2017). ¿Es China la trampa de la globalización? Contribuciones a la Economía (julio-septiembre 2017).

Roland, G. (2021). China's rise and its implications for international relations and Northeast Asia. *Eurasian Geography and Economics*, 62(2), 113–133.

CONCLUSIÓN GENERAL

Los ensayos aquí presentados permiten comprender que la evolución histórica y política de China no es el resultado de procesos aislados, sino de una continuidad profunda en su forma de concebir el poder, la sociedad y el orden. Desde la antigua tensión entre el pensamiento moral de Confucio y el enfoque pragmático y normativo de Han Fei, hasta la actual proyección internacional del país, se observa una constante articulación entre ética y control, idealismo y realismo. En la antigüedad, este debate se centraba en si el orden social debía construirse a partir de la virtud individual o mediante la imposición de leyes estrictas; hoy, esa misma dualidad se manifiesta en una política exterior que combina discursos de cooperación, conjunto y armonía con estrategias geoeconómicas, tecnológicas y políticas orientadas a consolidar su influencia global.

Lejos de ser una contradicción, esta dualidad constituye una de las principales fortalezas del modelo chino, ya que le ha permitido adaptarse a distintos contextos históricos sin perder coherencia interna. La síntesis lograda históricamente —como en la dinastía Han— encuentra su equivalente contemporáneo en un Estado que promueve valores tradicionales mientras ejerce un fuerte control institucional y proyecta poder a través de mecanismos no convencionales, como la inversión, la infraestructura y la innovación tecnológica. De este modo, China no solo ha logrado mantener estabilidad interna, sino también posicionarse como un actor central en la reconfiguración del sistema internacional.

En conjunto, ambos ensayos evidencian que comprender a China en el siglo XXI implica ir más allá de los análisis económicos o geopolíticos tradicionales. Su comportamiento responde a una lógica compleja en la que convergen historia, filosofía y estrategia, lo que explica tanto su capacidad de ascenso como las tensiones que genera en el escenario global. Así, el estudio de sus raíces intelectuales y su proyección contemporánea no solo permite interpretar su presente, sino también anticipar el papel decisivo que seguirá desempeñando en la construcción del orden mundial futuro.